

Introducción

La selección salvaje

En nuestra economía global enfrentamos un problema formidable: el surgimiento de nuevas lógicas de *expulsión*. Las últimas dos décadas han presenciado un fuerte crecimiento del número de personas, empresas y lugares expulsados de los órdenes sociales y económicos centrales de nuestro tiempo. Ese vuelco hacia la expulsión radical fue posibilitado en algunos casos por decisiones elementales, pero en otros por algunos de nuestros más avanzados logros económicos y técnicos. El concepto de expulsiones nos lleva más allá de la idea más familiar de desigualdad creciente como forma de aludir a las patologías del capitalismo global de hoy. Y además, trae al primer plano el hecho de que largas cadenas de transacciones que pueden terminar en simples expulsiones con frecuencia se originan en formas de conocimiento y de inteligencia que respetamos y admiramos.

Me concentro en modos de expulsión complejos porque pueden funcionar como ventanas hacia las principales dinámicas de nuestra época. Además selecciono casos extremos porque hacen agudamente visible lo que de otro modo podría quedar vago y confuso. Un ejemplo familiar en Occidente que es a la vez complejo y extremo es la expulsión de los trabajadores de bajos salarios y los desempleados de los programas gubernamentales de salud y bienestar social, así como de los seguros corporativos y la ayuda por desempleo. Más allá de las negociaciones y la creación de nuevas leyes necesarias para ejecutar esa expulsión, está el hecho extremo de que la línea divisoria entre los que tienen acceso a esos beneficios y los que no lo tienen se ha agudizado y es muy posible que en las condiciones

actuales sea irreversible. Otro ejemplo es el avance de las técnicas mineras avanzadas, en particular la fracturación hidráulica, que son capaces de transformar ambientes naturales en tierras muertas y aguas muertas, expulsando de la biósfera partículas de la vida misma. En conjunto, es posible que el impacto de las diversas formas de expulsión que examino en este libro afecte a la conformación de nuestro mundo más que el rápido crecimiento económico de la India, China y otros varios países. De hecho, y esto es clave para mi argumentación, esas expulsiones pueden coexistir con el crecimiento económico, medido en las formas habituales.

Esas expulsiones no son espontáneas, sino hechas. Los instrumentos para hacerlas van desde políticas elementales hasta instituciones, técnicas y sistemas complejos que requieren conocimiento especializado y formatos institucionales intrincados. Un ejemplo es el fuerte crecimiento de la complejidad de los instrumentos financieros, producto de clases creativas brillantes y matemáticas avanzadas. Y sin embargo, al ser utilizada para desarrollar un tipo particular de hipotecas *subprime* (o “hipotecas basura”), esa complejidad condujo pocos años después a la expulsión de millones de personas de sus hogares en Estados Unidos, Hungría, Letonia, etcétera. Otro ejemplo es la complejidad de las características legales y contables de los contratos que permiten a un gobierno soberano adquirir vastas extensiones de tierra en otro Estado nacional soberano como una especie de extensión de su propio territorio –por ejemplo, para producir alimentos para sus clases medias– expulsando a la vez de esas tierras a pueblos y economías rurales locales. Otro es la brillante ingeniería que nos permite extraer en forma segura lo que queremos de las profundidades de nuestro planeta, desfigurando de paso la superficie. Nuestras avanzadas políticas económicas han creado un mundo en el que con demasiada frecuencia la complejidad tiende a producir brutalidades elementales.

Los canales para la expulsión varían mucho. Incluyen políticas de austeridad que han contribuido a contraer las economías de Grecia y España, políticas ambientales que pasan por alto las emisiones tóxicas de operaciones mineras enormes en Norilsk, Rusia, en el estado de Montana en Estados Unidos, y otras, en una variedad interminable de casos. En este libro las características específicas de

cada caso tienen importancia: por ejemplo, si la destrucción ambiental nos preocupa más que la política interestatal, el hecho de que las operaciones mineras mencionadas sean contaminadores graves es más importante que el hecho de que una está en Rusia y la otra en Estados Unidos.

Los diversos procesos y condiciones que agrupo bajo el concepto de expulsión tienen un aspecto en común: todos son agudos. Si bien el caso más extremo es el de los que viven en abyecta miseria en todo el mundo, también incluyo condiciones tan distintas como el empobrecimiento de las clases medias en países ricos, la expulsión de millones de pequeños agricultores en países pobres debido a los 220 millones de hectáreas de tierra adquiridas por inversores y gobiernos extranjeros desde 2006, y las prácticas mineras destructivas en países tan diferentes como Estados Unidos y Rusia. Además están los innumerables desplazados almacenados en campos de refugiados formales e informales, los grupos convertidos en minorías en países ricos que están almacenados en cárceles, y los hombres y mujeres en buena condición física desempleados y almacenados en guetos y barrios miserables. Algunas de esas expulsiones vienen ocurriendo desde hace mucho tiempo, pero no en la escala actual. Algunas son expulsiones de tipo nuevo, como las de los 9 millones de familias de Estados Unidos cuyas hipotecas fueron ejecutadas en una breve y brutal crisis de vivienda que duró apenas una década. En suma, el carácter, el contenido y el lugar de esas expulsiones varían enormemente, atravesando estratos sociales y condiciones físicas, y cubren el mundo entero.

La globalización del capital y el brusco ascenso de las capacidades técnicas han producido efectos de escala enormes. Los que en la década de 1980 podrían haber sido desplazamientos y pérdidas menores, como la desindustrialización en Occidente y en varios países africanos, para la de 1990 pasaron a ser desastres (piénsese en Detroit y Somalia). Pero entender esos efectos de escala como más de la misma desigualdad, pobreza y capacidad técnica es perder de vista la tendencia mayor. Lo mismo ocurre con el medio ambiente. Llevamos milenios utilizando la biósfera y produciendo daños localizados, pero solo en los últimos treinta años esos daños han crecido hasta llegar a ser un acontecimiento planetario que vuelve como un

boomerang, a menudo para golpear lugares que no tuvieron nada que ver con la destrucción original, como los hielos eternos del Ártico. Y lo mismo pasa en otros dominios, cada uno con sus especificidades propias.

Las muchas expulsiones particulares que se examinan en este libro en conjunto equivalen a un proceso de selección salvaje. Tendemos a escribir acerca de las complejas capacidades organizacionales de nuestro siglo como algo que produce sociedades capaces de complejidades cada vez mayores, y concebimos eso como un proceso positivo. Pero con frecuencia solo es positivo en forma parcial, o por un período más o menos breve. Si ampliamos el abanico de situaciones y el marco temporal se hacen visibles límites bien marcados que ocultan lo que puede haber más allá. Eso plantea una pregunta: ¿es posible que gran parte de la sociedad contemporánea esté tendiendo a la condición de simplicidad brutal contra la cual advertía el gran historiador Jacob Burckhardt en el siglo XIX? Por lo que he podido observar, la complejidad no conduce inevitablemente a la brutalidad, pero puede hacerlo, y hoy a menudo lo hace. En realidad, con frecuencia lleva a la brutalidad simple, ni siquiera a una brutalidad grandiosa de un tipo que podría ser un equivalente, aunque fuese en negativo, de esa complejidad, como ocurre con la escala actual de nuestra destrucción ambiental.

¿Cómo es que la complejidad produce brutalidad? Yo sostengo que parte de la respuesta tiene que ver con la lógica que organiza algunos de los principales sistemas que ponen orden en dominios tan diversos como la protección ambiental global y las finanzas. Permítaseme ilustrar brevemente mi argumentación con dos casos que se desarrollan extensamente en este libro. La principal “innovación” política en los acuerdos interestatales para proteger el medio ambiente es el comercio de carbono, que hablando en forma práctica y brutal significa que los países tenderán a luchar por extender su derecho a contaminar a fin de poder comprar o vender una cuota mayor de emisiones de carbono. En el caso de las finanzas, su lógica organizadora ha evolucionado hasta ser un incesante esfuerzo por hiperbeneficios y una necesidad de desarrollar instrumentos que le permitan expandir el campo de lo que se puede financiar. Eso condujo a una disposición a financiar hasta la

subsistencia de los que pierden todo si el instrumento no funciona como se esperaba. Ese fue el caso con el tipo de créditos hipotecarios *subprime* lanzados en Estados Unidos en 2001. Lo que posiblemente todavía no se entiende bien es que eso era un proyecto financiero que apuntaba a producir beneficios para las altas finanzas. No se proponía ayudar a personas de ingresos modestos a comprar una casa, y por lo tanto era lo opuesto a los proyectos estatales lanzados décadas antes, como la GI Bill —que ofrecía créditos hipotecarios a los veteranos después de la Segunda Guerra Mundial— y los préstamos concedidos bajo la Federal Housing Administration, agencia federal establecida con el objeto de mejorar los estándares y las condiciones de vivienda. Las capacidades que impulsan el desarrollo de esos sistemas e innovaciones no son de manera necesaria intrínsecamente brutalizadoras, pero pasan a serlo cuando operan dentro de determinados tipos de lógicas organizadoras. La capacidad de las finanzas para crear capital no es intrínsecamente destructiva, pero es un tipo de capital que necesita ser puesto a prueba: ¿puede materializarse en una infraestructura de transporte, un puente, un sistema de purificación de agua, una fábrica?

Aquí hay un enigma social. Esas capacidades deberían haber servido para desarrollar el reino de lo social, para ampliar y fortalecer el bienestar de una sociedad, lo que incluye trabajar con la biósfera. En cambio, casi siempre han servido para desmembrar lo social a través de la desigualdad extrema, para destruir buena parte de la vida de clase media prometida por la democracia liberal, para expulsar a los pobres y los vulnerables de tierras, empleos y hogares, y para expulsar a trozos de la biósfera de su espacio vital.

Una pregunta que corre todo a lo largo de este libro es si la mezcla de casos que examino aquí, que corta transversalmente las habituales divisiones de urbano y rural, Norte global y Sur global, Oriente y Occidente y otras, no es simplemente la manifestación superficial, la forma localizada, de dinámicas sistémicas más profundas que articulan buena parte de lo que hoy aparece como desconectado. Esas dinámicas sistémicas podrían estar operando a un nivel más subterráneo, conectadas por algo más que lo que podemos percibir cuando dividimos el mundo en categorías discretas y familiares como economía capitalista, China comunista, África sub-

sahariana, el medio ambiente, las finanzas, etcétera. Utilizamos esos rótulos para dar formas y significados familiares a condiciones que en realidad podrían originarse en tendencias más profundas y nada familiares. Esa posibilidad es uno de los principales motores de los capítulos de este libro.

Utilizo la idea de tendencias subterráneas como abreviatura de lo que son, hablando estrictamente, tendencias *conceptualmente* subterráneas. Son difíciles de ver cuando pensamos con nuestros marcadores geopolíticos, económicos y sociales habituales. Tal vez el campo en que son más visibles es el del medio ambiente. Sabemos que estamos usando y destruyendo la biósfera, pero nuestras “prácticas ambientales” no reflejan o no están conectadas con una comprensión clara de las condiciones actuales de la biósfera. El comercio de carbono, por ejemplo, como forma de proteger el medio ambiente solo tiene sentido desde una perspectiva interestatal: visto en una perspectiva planetaria en que las destrucciones locales hacen aumentar la escala y nos golpean a todos, no tiene ningún sentido. Dinámicas nuevas pueden filtrarse a través de espesas realidades familiares –la pobreza, la desigualdad, la economía, la política– y así adoptar formas familiares, cuando en realidad están indicando aceleraciones o rupturas que generan significados nuevos.

Utilizar el concepto de tendencias subterráneas es una manera de cuestionar categorías familiares para organizar el conocimiento acerca de nuestras economías, nuestras sociedades y nuestras interacciones con la biósfera. Nos ayuda a evaluar si los problemas de hoy son versiones extremas de dificultades viejas o manifestaciones de alguna cosa o algunas cosas nuevas y perturbadoras. Indago si la pura variedad de las expulsiones que se están dando no oculta dinámicas subterráneas mayores que podrían subyacer a esa variedad superficial. La preponderancia de ese rasgo –la posibilidad de expulsión– que atraviesa nuestras diferenciaciones familiares es lo que me llevó a la idea de esas tendencias subterráneas. La especialización de la investigación, el conocimiento y la interpretación, cada uno con sus propios cánones y métodos para proteger fronteras y significados, no siempre ayuda en el esfuerzo por detectar tendencias subterráneas que atraviesan nuestras distinciones familiares. Pero la especialización sí nos da un conocimiento detallado de especifi-

ciudades, llevándonos de regreso a elementos básicos que se pueden comparar entre sí.

En lugar de dar significado a los hechos procesándolos hacia arriba mediante la teorización, hago lo contrario, llevándolos hacia abajo hasta sus elementos más básicos en un esfuerzo por des-teorizarlos. A través de esa des-teorización puedo revisitar la desigualdad, las finanzas, la minería, las adquisiciones de tierra en gran escala y mucho más para ver lo que en categorizaciones más abstractas pasaríamos por alto; por ejemplo, se trata de ver el hecho más radical de las expulsiones en lugar de ver simplemente más desigualdad, más especulación financiera, avance de la minería, etcétera. En resumen, un objetivo del libro es mantenerse cerca del suelo, con el objeto de descubrir mediante la suspensión del abrumador peso de las categorías familiares a través de las cuales interpretamos las tendencias actuales.

En su forma más aguda, mi hipótesis es que debajo de las especificidades nacionales de las diversas crisis globales se encuentran tendencias sistémicas emergentes conformadas por unas pocas dinámicas básicas. Por esa razón es necesario que la investigación empírica y la recodificación conceptual ocurran al mismo tiempo. Empíricamente un fenómeno puede parecer “chino” o “italiano” o “australiano”, pero tal vez eso no nos ayude a detectar el ADN de nuestra época, pese a que tales rótulos captan algunos rasgos. Es posible que la China conserve muchas características de una sociedad comunista, pero la desigualdad creciente y el reciente empobrecimiento de sus modestas clases medias podrían arraigar en tendencias más profundas que también están activas, por ejemplo, en Estados Unidos. Pese a sus perdurables diferencias, es posible que los dos países alberguen grandes lógicas contemporáneas que organizan la economía, principalmente las finanzas impulsadas por la especulación y la búsqueda de hiperbeneficios. Esos paralelismos, y sus consecuencias para la gente, los lugares y las economías, bien podrían resultar mucho más significativos para entender nuestros tiempos que las diferencias entre comunismo y capitalismo. De hecho, a un nivel más profundo, es bien posible que esos “paralelismos” sean las materializaciones en muchos lugares de tendencias que son más profundas que la especulación y los hiperbeneficios,

pero que todavía son invisibles en cuanto es posible que no hayan sido detectadas, nombradas o conceptualizadas. El foco que pongo en la materialización de tendencias globales dentro de países contrasta con la concentración mucho más común en la desregulación de las fronteras nacionales, en que la frontera es vista como el sitio de nuestra transformación actual.

Según yo lo veo, el problema es de interpretación. Cuando nos enfrentamos al abanico de transformaciones de hoy —crece la desigualdad, crece la pobreza, crece la deuda gubernamental— los instrumentos habituales para interpretarlas resultan anticuados. En consecuencia, caemos en nuestras explicaciones familiares: los gobiernos que no son fiscalmente responsables, los hogares que incurren en deudas mayores que lo que pueden manejar, asignaciones de capital que son insuficientes porque hay demasiada regulación, etcétera. No niego que esas explicaciones tienen alguna utilidad, pero me interesa más explorar si hay también otras dinámicas en acción, dinámicas que atraviesan esas fronteras conceptuales/históricas ya familiares y bien establecidas.

Los amplios conjuntos de hechos y casos que utilizo a lo largo de este libro señalan limitaciones en nuestras categorizaciones actuales fundamentales. A pesar de todas las diferencias, ya sea bajo el comunismo o bajo la democracia liberal, en África o en América del Norte, hay determinadas prácticas que dominan el modo como ejercemos la minería o la manufactura, como utilizamos a las personas o logramos cometer atrocidades y no pagar por ello, hablando en sentido figurado. Los ordenamientos político-económicos en que esas prácticas tienen lugar les infunden distintos significados, y para mí una pregunta es si esos significados no camuflan más de lo que revelan. Utilizo los casos incluidos en el libro como hechos básicos, sobre el suelo, es decir, como instancias materiales que pueden ayudar a detectar tendencias *conceptualmente* subterráneas que atraviesan nuestras divisiones geopolíticas. El marcado aumento actual de las personas desplazadas en África subsahariana, ¿tiene alguna afinidad *sistémica* con el marcado aumento del número de los permanentemente desempleados y frecuentemente encarcelados en Estados Unidos? Las clases medias empobrecidas de Grecia, ¿tienen alguna afinidad *sistémica* con las clases medias empobrecidas

¿Egipto, a pesar de que esos dos países tienen economías políticas muy diferentes? El gran complejo minero de Norilsk, en Rusia, fuente de gran toxicidad a largo plazo en la región, ¿tiene alguna afinidad *sistémica* con las actividades mineras de Zortman-Landusky en Montana, en Estados Unidos, con sus propias toxicidades a largo plazo? Estos hechos “a nivel del suelo” ayudan a eliminar superestructuras conceptuales viejas, como capitalismo contra comunismo.

Las transformaciones epocales que me interesan aquí arraigan en historias y genealogías diversas y con frecuencia antiguas. Pero mi punto de partida es la década de 1980, un vital período de cambio tanto en el Sur como en el Norte, tanto para las economías capitalistas como para las comunistas. Para marcar el período destaco dos cambios profundos entre las vastas y ricas historias que arrancan en la década de 1980. Esos dos cambios se dan en todo el mundo. Pero evolucionan con características muy específicas en cada localidad, y es ese rasgo lo que hace de esos cambios un telón de fondo útil para la investigación de este libro.

Uno es el desarrollo material de áreas cada vez mayores del mundo que se convierten en zonas extremas para operaciones económicas clave. En un extremo eso adopta la forma de la tercerización global de manufacturas, servicios y trabajo de oficina, extracción de órganos humanos y cultivos industriales hacia áreas de costos bajos y regulaciones débiles. En el otro extremo es la activa construcción en todo el mundo de ciudades globales como espacios estratégicos para funciones económicas avanzadas; esto incluye ciudades construidas desde cero y también la renovación, con frecuencia brutal, de ciudades antiguas. La red de ciudades globales opera como una nueva geografía de la centralidad, que corta transversalmente las viejas líneas divisorias Norte-Sur y Oriente-Occidente, igual que la red de sitios proveedores de bienes y servicios tercerizados.

El segundo es el aumento del ascendiente de las finanzas en la red de ciudades globales. Las finanzas en sí mismas no son nada nuevo; han sido parte de nuestra historia por milenios. Lo que es nuevo y característico de nuestra era actual es la capacidad de las finanzas para desarrollar instrumentos enormemente complejos que le permiten titularizar la variedad de entidades y procesos más amplia que ha conocido la historia; además, continuos avances en redes e

instrumentos electrónicos producen efectos multiplicadores aparentemente interminables. Ese ascenso de las finanzas es muy importante para la economía mayor. La banca tradicional trabaja vendiendo dinero que el banco tiene, mientras que las finanzas trabajan vendiendo algo que no tienen. Para hacerlo, las finanzas necesitan invadir —es decir, titularizar— sectores no financieros a fin de tener grano para su molino. Y para eso no hay mejor instrumento que los derivados. Un resultado que ilustra esa capacidad de las finanzas es que para 2005, claramente antes de que empezara a incubarse la crisis, el valor (hipotético) de los derivados pendientes era de 630 billones (millones de millones) de dólares; eso equivalía a catorce veces el producto interno bruto (PIB) global. En cierta forma, el desequilibrio entre el valor del PIB y el de las finanzas no carece de precedentes en la historia de Occidente, pero ese desequilibrio nunca ha sido tan extremo. Y está muy lejos del período keynesiano, en que el crecimiento económico era impulsado no por la financialización de todo sino por la vasta expansión de economías materiales como manufacturas masivas y la construcción masiva de infraestructura y suburbios.

Podríamos caracterizar la relación del capitalismo avanzado con el tradicional en nuestra era como una relación marcada por la extracción y la destrucción, no muy distinta de la relación del capitalismo tradicional con las economías precapitalistas. En su forma más extrema esto puede significar arrojar a la miseria y excluir a números cada vez mayores de personas que dejan de tener valor como productores y consumidores. Pero hoy puede significar también que actores económicos otrora cruciales para el desarrollo del capitalismo, como las pequeñas burguesías y las burguesías nacionales tradicionales, dejan de tener valor para el sistema mayor. Esas tendencias no son anómalas, y tampoco son resultado de una crisis; son parte de la actual profundización sistémica de las relaciones capitalistas. Y yo sostengo que también lo es el menguante espacio económico —como distinto del financiero— en Grecia, España, Estados Unidos y muchos otros países desarrollados.

Las personas en cuanto trabajadores y consumidores tienen un papel cada vez más reducido en los beneficios de muchos sectores económicos. Por ejemplo, desde la perspectiva del capitalismo de

hoy, los recursos naturales de buena parte de África, América Latina y Asia central son más importantes que la gente que vive en esas tierras en cuanto trabajadores o consumidores. Esto nos dice que nuestro período no es igual a formas anteriores del capitalismo, que obtenían sus ganancias en base a la expansión acelerada de clases trabajadoras y medias prósperas. Maximizar el consumo de los hogares fue una dinámica esencial de ese período anterior, como lo es hoy en las llamadas economías emergentes del mundo. Pero en general ya no es el motor sistémico estratégico que fue durante la mayor parte del siglo XX.

¿Y después qué? Históricamente, los oprimidos con frecuencia se han levantado contra sus amos. Pero hoy los oprimidos en su mayoría han sido expulsados y sobreviven a gran distancia de sus opresores. Además, el “opresor” es cada vez más un sistema complejo que combina personas, redes y máquinas sin tener ningún centro visible. Y sin embargo hay sitios donde todo se reúne, donde el poder se hace concreto y puede ser desafiado y donde los oprimidos son parte de la infraestructura social *para* el poder. Las ciudades globales son uno de esos sitios.

Esas son las dinámicas contradictorias que examino en este libro. Diversos fragmentos de este libro han sido registrados en la literatura general sobre asuntos contemporáneos, pero nunca se ha narrado como una dinámica general que nos está llevando a una nueva fase de cierto tipo de capitalismo global. Lo que intento aportar es una teorización que empieza con los hechos a nivel del suelo, libres de la intermediación de instituciones familiares, y nos lleva al otro lado de las diferenciaciones geopolíticas, económicas y culturales tradicionales.